## CAPÍTULO XX.

NINGUN OBJETO CONTIENE EN SÍ PROPIO LA CAUSA PRIMERA DE SU EXISTENCIA.

LEY FÍSICA Y MORAL DE LA NATURALEZA.

-0000 0000

Los manantiales forman los riachuelos, y estos los rios. Que vaya el piloto tan arriba como pueda, no llegará al último orígen de las fuentes.

(LINNEO, Imperio de la naturaleza.)

Dios, para obligar al hombre à volver los ojos hácia él, quiso que ningun objeto de la naturaleza contuviese en sí mismo la causa primera de su existencia. Dios lo hace depender todo de sí mismo por medios desconocidos.

Esta voluntad se ve estampada en la materia. Y esta es la razon porque las ciencias explican únicamente los fenómenos: la causa absoluta les escapa siempre: en tanto que la inteligencia busca, la naturaleza responde por medio de causas secundarias; pero cuando el alma se une á la inteligencia, todas las ciencias se desvanecen, la causa absoluta se descubre, y aparece Dios.



## 

## CAPÍTULO XXI.

DE LA DIVISION DEL GLOBO ENTRE EL HOMBRE Y LA MUJER.

LEY FÍSICA Y MORAL DE LA NATURALEZA.

----

Pero aun cuando el hombre haya traido de fuera lo necesario, ha de haber alguno que lo custodie y haga lo que no puede hacerse sino en la casa.

> (De la Boetie en la mujer casera de Xenofonte.)

En el dia no se ruborizan los hombres de tomar á su cargo los quehaceres cómodos, ni de dejar á las mujeres los mas pesados; así los sexos se desnaturalizan, los hombres se afeminan, y las mujeres se hacen varoniles.

(BERNARDIN DE SAINT-PIERRE, estudio 7º.)

EL matrimonio da al hombre una compañera, y un apoyo á la mujer. Reune bajo el mismo techo un ser fuerte y un ser débil: y si consideramos la sociedad en su origen primitivo, veremos que este órden de cosas debió ser previsto, y que realmente lo fué. Dios, multiplicando los bienes terrestres, los dividió en dos partes, ó mejor diré, duplicó sus dones como si hubiese querido establecer dos soberanías. El hombre reina en el globo, su genio somete el toro al yugo, el caballo al freno, y al carreton el reno. Envia el halcon á los aires y le obliga á traerle su caza; el filo-

crocoras(1) al fondo de las aguas, y le obliga à traerle su pesca; y el perro à la tierra, y le obliga à traerle su caza. Tal es el poder de la fuerza; no parece sino que todo lo ha de someter; sin embargo, con solo contemplar la naturaleza en sus obras mas admirables, se echa de ver que detras de este amo

orgulloso, espera á otro mas benigno.

Llega la mujer, y funda con sus caricias un imperio. Todo se suaviza á su alrededor. La gallina le da su huevo, la vaca su leche; cuida de la abeja que le trae el jugo de las flores, y del gusano que transforma en seda la hoja del moral. No faltan tampoco animales que parecen criados para ayudar su debilidad y la de sus hijos; tal es el asno, mas paciente que el caballo; la cabra, mas fácil de alimentar que la vaca; y la oveja, cuya lana hilada es mas caliente que la piel de las bestias salvajes. Si la naturaleza ha dado al hombre el perro vagamundo, é irascible como él, para defenderle de los animales carnívoros, ha sometido á la mujer el gato sedentario y paciente como ella, para velar en la conservacion de las provisiones que reune en los armarios y desvanes.

El hombre aprende de los animales varias clases de industria: el conejo le enseña á formar subterráneos; el castor á construir diques; el cisne á navegar. Pero la mujer reune á su alrededor instrucciones bien variadas, sin ser ménos útiles. La araña le enseña á hilar y á tejer, la mariposa á matizar sus vestidos de diversos colores, la abeja á extraer de los vegetales los jugos mas dulces. No sin razon atribuyeron, pues, los Griegos no á dioses sino á una mujer, á una diosa, á Céres, á Minerva, la gloria de todas esas invenciones ingeniosas. El hombre lucha con

la naturaleza, y cada victoria le hace mas orgulloso y mas indómito. A la mujer al contrario, sus victorias la suavizan y embellecen; la gracia de nuestras habitaciones y los placeres de nuestro bienestar son cadenas invisibles, por medio de las cuales nos conduce á la civilizacion.

En el reino vegetal continúa la division. El hombre elige lo que puede lisonjear su valor, y la mujer lo que puede realzar su belleza: el uno los bosques, en que desplega su fuerza y su audacia; y la otra los prados, en que apacienta nuestros ganados. En medio de sus tapices esmaltados se presenta la mujer con mayores atractivos, y ora esté bailando con sus compañeras, ora busque allí la soledad, siempre aquellos le inspiran pensamientos celestiales de humanidad y de amor.

Ademas ¿cuántos beneficios no ha descubierto la mujer en el reino vegetal? La mujer es la que con su paciencia, con su industria, y tal vez con su incesante anhelo, sacó de las plantas cereales la harina ó sea el pan; de las bulbosas, diferentes bebidas; y de las filamentosas, como el cáñamo y el lino, la primera materia de nuestros vestidos. Cuanto mas nos acercamos á las costumbres primitivas, mas señales hallamos de esta division de la naturaleza. Entre los salvajes, las mujeres recogen los primeros beneficios de la naturaleza; los hombres se dedican á la caza y á la pesca, y miéntras estos recorren los desiertos, la mujer siembra algunas plantas al rededor de su cabaña, y prepara su civilizacion por medio de los atractivos de un nuevo goce.

Pero á medida que el hombre se civiliza, la division se modifica. La mujer entra en su casa, recibe los bienes que el hombre le trae, y el órden y la economía empiezan un nuevo imperio. Véase en el tratado de la mujer casera de Xenofonte, hermoso cua-

<sup>(1)</sup> Filocrocoras, pájaro acuático de cuello y piernas muy largas, del cual se sirven los Chinos para pescar.

dro de la union convugal de los antiguos, cómo supo el discipulo de Sócrates establecer los deberes del hombre y de la mujer, bajo las mas dulces armonias de la naturaleza: « Habiendo, dice, Dios formado el cuer-» po de la mujer ménos vigoroso que el del hombre, » à mi entender, dejó à su cargo el cuidado de las » cosas domésticas, y habiéndole naturalmente con-» fiado el alimento de sus hijos de menor edad, le » infundió mas que al hombre una afeccion natural » hácia los niños. Y tambien despues que hubo deja-» do á la mujer el cuidado y la custodia de las cosas » traidas á la casa, conociendo que para guardar » bien no es malo tener un corazon algo timido, la » hizo mas temerosa que al hombre; y viendo tam-» bien que el que habia de llevar el trabajo de afuera » tendria necesidad de defenderse, si alguno le ul-» trajase, le dió mas valor y mas atrevimiento. Pero » como fuese necesario que uno y otro se hallasen » en estado de dar y de tomar, hizo comun á los dos » el cuidado y la memoria, de modo que en esto no » sabríamos distinguir cual de los dos sexos mascu-» lino ó femenino lleva ventaja.... Por esto no puede » el uno prescindir del otro, y su union es tanto mas » útil, cuanto que el uno tiene en si lo que le falta al » otro. »

En todos los países las mujeres son aficionadas à flores, forman ramilletes; pero solo cuando gozan de alguna conveniencia, conciben la idea de adornar sus habitaciones. El cultivo de las flores entre los aldeanos anuncia una revolucion en todos los sentidos. Es un placer delicado que se abre camino al traves de órganos groseros; es una criatura cuyos ojos se abren: es el sentimiento de lo bello, una facultad del alma que dispierta. El hombre empieza entónces à comprender que la naturaleza nos regala en sus dones algo mas de lo necesario; echa de ver por pri-

mera vez los colores, las formas, los olores, y hay al fin quien observe tan admirables espectáculos. Pueden dar testimonio de ello los que hayan recorrido nuestras aldeas: un rosal en una ventana, una madreselva en la puerta de una cabaña, son constantemente un agüero feliz para el viajero fatigado. La mano que cultiva flores, no se cierra al ruego del pobre ni á las necesidades del extranjero.

Un sentimiento instintivo nos hace descubrir en los astros la misma division de la naturaleza que admiramos en la tierra. Es el imperio de Apolo, y el imperio de Diana. Imperio bien dividido, y cuyas mitades pertenecen al valor la una, al pudor la otra.

El reinado del hombre es el dia, el reinado de la mujer es la noche. Las obras de los poetas mas célebres estan llenas de las maravillosas armonías que sacan de estos dos mundos. El Ajar de Homero solicita combatir en medio del dia. Virgilio nos presenta à la escasa luz de la noche la madre de familia, encendiendo su velon, y volviendo á tomar el trabajo con que ha de hacer frente à las necesidades de sus hijos. Cuadro lleno de encanto, al cual nuestra alma conmovida anade á veces las dulces ilusiones del amor. Cuando la luna vuelve la serenidad al cielo y à la tierra, veréis à la jóven aldeana encaminarse misteriosamente á un manantial poco conocido. Zambúllese en sus aguas cristalinas, y al abrigo de frondosos sauces refresca sus miembros fatigados. No tarda en distinguir, à su parecer, entre el murmullo de las hojas suavemente mecidas por el aire, la voz de su amante que la llama. Inquieta se apresura à tomar sus vestidos, y temblando de pies à cabeza, corre presurosa al techo paterno. Alli encuentra a aquel de quien huye, y à aquel à quien al mismo tiempo desea. El uno y el otro, en voz baja, toman à la Reina de los cielos por testigo de su fe mutua.

sino de lo mas grato que les ofrecen los campos y

## CAPÍTULO XXII.

DE LA CIVILIZACION DE LAS ALDEAS POR MEDIO DE LAS MUJERES.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

DEDICADO A LAS SEÑORAS,

Á LOS ALCALDES Y Á LOS CURAS DE ALDEA.

Entretanto la madre de toda la familia prepara una comida sencilla á su esposo y á sus caros hijos, que han de volver cansados del trabajo del dia. Ordeña sus vacas y sus ovejas, y por resultado se ven manar riachuelos de leche. Enciende una hoguera grande, á cuyo derredor toda la familia inocente y pacífica se recrea cantando, y rindiéndose por fin al sueño.

(FENELON, Telémaco, lib. X.)

La ignorancia de la gente del campo, su grosería y su miseria, no son muy a propósito para la composicion de un idilio, ni el cuadro que acabamos de bosquejear se encuentra sino muy rara vez en nuestras aldeas. Sin embargo yo lo he visto en ellas; en el seno de algunos cortijos privilegiados, en que se daba cumplimiento á la ley civilizadora del universo, y en donde por el solo efecto de esta lev, las mujeres habian embellecido, habiéndose alli moderado todo; vida, costumbres y trabajo.

su futuro himeneo. Hablan del sitio' encantador que habitan en el fondo de un valle, en la confluencia de dos riachuelos; de la viña agrupada al olmo que ha de dar sombra á su cabaña; de su mutua ternura, y de la de sus padres, que dura aun en el último término de la vida y à la que esperan igualar un dia : su ambicion no pasa de ahí. - Felices, mil veces felices amantes! Todo su porvenir se compone de los bienes de que gozan, y de los sentimientos de que estan animados.

